

presionó a los que fuimos jóvenes hace quince años. Esfuerzo de producción, de dirección y de actuación, aunque en esto último no me haya convencido, porque le noto ya una serie de recursos fáciles para “apantallar”, como los usados por todos los actores viejos, y Lorenzo no es uno de ellos. Tonos demasiado graves, abuso de movimientos efectistas y detalles tan obvios que resultan ridículos, como el pasarse toda la obra acariciándose el “brazo de oro” a lo Frank Sinatra y a revelar al público desde un principio que es un toxicómano, pero sólo al público, porque ni su padre, ni su esposa, que conviven con él, se dan cuenta de nada hasta el último acto. En un teatro realista como éste, el artificio no encaja ya, y bajó a la tumba hace apenas unos días con la máxima exponente de ese tipo de actuación, que fue la admirable, para su época, doña María Teresa Montoya. Junto a estos trucos de actuación efectistas, también es un defecto el quedarse corto, el no proyectar emoción alguna, el convertirse en un témpano de hielo ambulante, como le sucedió a María Idalia, y el sacrificar la verdad escénica a la vanidad de la mujer, puesto que si el personaje pide a gritos que debe tener un embarazo de seis meses, no se puede salir al escenario a pretender lucir su belleza en fondo, ni siquiera en camisión de dormir. Y es que la concepción de los personajes está equivocada, porque la mujer de Johnny y su cuñado no se buscan por deseo sexual, sino por ansia de comunicación, por soledad, por angustia.

En cambio, Eric del Castillo, a quien en otras ocasiones lo he criticado con dureza, en esta vez me convence plenamente, por su frescura, por su naturalidad y por el olvido total de aquellos tonos “brincos” en cualquier personaje que interpretase.

16 de agosto de 1970

EL ESPERADO FINAL

La noche del jueves 20 del presente asistimos en el Teatro del Bosque a un combate sumamente interesante entre una obra de

teatro y una dirección escénica. Ambos amistosos contendientes tenían demostrado ya en múltiples ocasiones su talento, de manera que la lid se prometía a un alto nivel y los espectadores confiaban en que los participantes pondrían todo cuanto estuviese a su alcance para no dejarse vencer. Desgraciadamente, uno de los gladiadores presentó armas de muy deficiente construcción, y aun cuando su oponente, en un bello rasgo de compañerismo, trató de salvarlo, sin que por ello ocultase sus propias armas que eran brillantes y sólidas, no tuvo otro remedio que vencerlo limpiamente y proclamarse ganador, como fue reconocido por todo el público. Los representantes de los luchadores en cuestión lo fueron, por la obra de teatro, Carlo Coccioli, y por la dirección de escena, Rafael López Miarnau, quien resultó triunfador. Sin dejar de felicitar calurosamente al magnífico director escénico, no por ello nos sentimos menos frustrados, puesto que esperábamos sinceramente que la obra de teatro diese una pelea mucho más espectacular, y jamás pensamos que fuese vencida en el primer *round*, perdón, primer salmo, perdón, primer acto. De López Miarnau conocíamos toda su carrera de éxitos continuados como director, pero de Coccioli también conocíamos sus excelentes novelas y su hermosa trayectoria como periodista. Al escribir las últimas líneas caemos en la cuenta y descubrimos la causa de este que resultó desigual combate: López Miarnau siempre ha sido director escénico y no ha pretendido ser, digamos, primer actor, mientras que Coccioli siempre ha sido novelista y de pronto quiso ser dramaturgo, sin conocer el arduo oficio y sin tener, por tanto, las armas adecuadas. No me refiero al talento, puesto que Coccioli lo tiene y lo ha demostrado, sino al conocimiento de los secretos de la dramaturgia, que no son de ninguna manera los mismos que en la novelística.

Ya he dicho que admiro, y por tanto respeto, a Carlo Coccioli, y por ello espero que vea en mi crítica la sinceridad y la serenidad constructiva que siempre se le exige al cronista, y que comprenda que casi nunca un buen novelista ha sido un buen dramaturgo, y sólo como un obvio ejemplo pondré a uno de los mejores novelistas del siglo XIX, don Benito Pérez Galdós, quien al escribir una enorme cantidad de obras teatrales, lo único que hizo, lo único que pudo hacer, fue dialogar sus novelas, sin el

menor sentido de la construcción dramática. A Coccioli le ha sucedido lo mismo: su obra escénica *El esperado* es solamente una novela puesta en diálogo entre demasiados personajes, de allí que su desarrollo sea lento, pesado, denso, y lo que pudo haber sido, más que una novela, un cuento muy hermoso, porque la pequeña anécdota no daba para más, se convirtió en cerca de tres horas en una pirotecnia verbal en su mayor parte completamente inútil y sí, repito, tan cansada que lo único esperado era ya el final de la representación. No tengo, por desgracia, el espacio suficiente para entrar en un análisis profundo de todos y cada uno de los defectos de construcción dramática de que adolece esta pieza y por tanto me he limitado a señalar el principal, o sea que *El esperado* no es una obra teatral, sino una novela a base de muy largos diálogos. Ya las motivaciones para entrada y salida de personajes, planteamientos del conflicto, desarrollo en que va al foso el interés en el segundo acto, y desenlace bello pero precipitado quedará su análisis para otra ocasión. Ojalá el ilustre novelista italomexicano, que así es justo llamarle por su amor a México, siga haciendo lo que sabe hacer tan bien y no entre en un terreno por demás difícil para quien no ha nacido con el don de escribir para el teatro. Ni Shakespeare, ni Lope, ni Miller escribieron novela, como tampoco Dostoievsky, Dickens ni García Márquez escribieron teatro. Que no se diga de Coccioli lo que de Pérez Galdós: “Lástima que haya desperdiciado su valioso tiempo en elaborar malas piezas teatrales en lugar de aprovechar ese tiempo en darnos más *Fortunatas y Jacintas*.”

El triunfador indiscutible, como ya lo dije, fue el director López Miarnau, quien logró una belleza plástica al colocar en cada situación a sus actores en una armonía exacta y en un profundo conocimiento de las áreas escénicas, en su buen gusto para combinar los colores de los trajes, en la excelente colocación del magnífico Coro Clásico de México, en su acertada comunicación del espíritu de los personajes en los actores, y en el total aprovechamiento de la imponente escenografía de Julio Prieto, de quien no habíamos vuelto a ver nada tan bello desde *Las brujas de Salem* en Bellas Artes. Por fortuna, tanto López Miarnau como Prieto contaron con la suficiente ayuda económica para llevar al cabo una de las más fastuosas producciones teatrales que haya-

mos visto y que es ya muy raro poder contar con ellas en nuestro raquíptico medio artístico. Vaya nuestra enhorabuena a los dos talentosos creadores y a quienes hayan facilitado los medios para esta producción, o sea la Asociación de Cultura Artística Mexicana, A. C.

Un espléndido reparto pudo reunir el director también gracias a la magnanimidad de los empresarios, y así pudimos aplaudir con calor a Luz María Aguilar en un papel que no le correspondería por su brevedad, pero que ella aceptó con gusto y lo sacó adelante con profesionalismo, luciendo al mismo tiempo su belleza física. A María Eugenia Ríos, quien se encuentra en el mejor momento de su carrera, en un papel difícil que interpreta con maestría. A Mabel Martín también con un pequeñísimo papel que no permite el lucimiento de sus facultades. A José Gálvez en lo que bien pudiera ser una de sus mejores actuaciones durante todo el desarrollo de la obra, excepto en el monólogo final, en que vuelve por sus fueros de actor ampuloso y que hasta antes de ese momento creíamos que había olvidado. A Sergio Klainer en una actuación contenida, medida, justa. A Fernando Mendoza también en un personaje por debajo de su talento. A Patricio Castillo que continúa su camino firme y seguro hacia la meta de primer actor que se ha fijado, y a Abraham Stavans en el primer papel importante en su breve carrera como actor, del que sale triunfante con una gran dignidad. Muy bien el resto de los actores, excepto Tamara Garina, a quien no se le entendió casi nada de lo que dijo, y para seguir ¡al fin!, con los adjetivos elogiosos, la magnífica y bellísima intervención del Coro Clásico de México bajo la dirección de Agustín Villagómez.

Una dirección, una escenografía, unas actuaciones y una producción en general que merecía, por el esfuerzo realizado y los logros alcanzados, una mejor obra teatral.

30 de agosto de 1970